

Siento diferir del ilustre escritor, crítico y filósofo Don Juan Donoso Cortés, cuando en el juicio crítico que figura a modo de prólogo de la obra, dice:

“En este drama no hay mujer: ved aquí el defecto de este drama, o por mejor decir, el defecto de su asunto; porque ¿cómo convertir en mujer a D.^a María de Molina, ese hombre de Estado, esa soberbia amazona? Y no siendo ella mujer, ¿qué mujer no quedaría eclipsada en su presencia?”

Yo sí creo que hay mujer, y es más, tan “**demasiado mujer**”, que parece increíble que lo sea. Porque en ella se conjugan tantas y tan diferentes facetas y en grado tan alto todas, que en pocas mujeres caben y en pocas se han reunido.

Es esposa de un sólo marido, y no concibe otro matrimonio ni aún por conveniencias. A pesar de la lucha que sostiene por la causa de su hijo, en este punto no cede y creo que es el único sacrificio que no es capaz de realizar, por ver a su hijo en el trono. La respuesta final a la proposición matrimonial es:

*“Primero el rayo mi cerviz confunda
que la doble cobarde a su coyunda.”*
(Acto II, escena IV).

D.^a María es también madre y en el momento en que los traidores tienen cercado el Alcázar, ésta es su reacción:

Reina: *¡Salvadle!*

*¡Hijo mío! ¡Ay, que ya vienen
hacia este Alcázar! Dejadme.*

Alfonso: *Teneos.*

Reina: *Dejad que en mí
sus fieras puntas descarguen.*

Alfonso: *No; conservad vuestra vida
por la patria.*

Reina: *Soy su madre.*

Todos: *¡A las armas!*

.....

Reina: *¡Ah! mirad que esto es infame.
Dejadme que con mi vida
al hijo mío rescate.*